do tiento á la botella. Después, tirándose de las greñas, procuró hallar la mejor salida posible de aquel atolladero.

—Habla,—exclamó Manders.

—Digo, ¿pagará usted como lo ofrece, si canto de plano?

—A toca teja. A mí nada me cuesta. Mira, aquí está el dinero; y agitó los billetes ante su vista.

—Bueno, pues entonces diré cuanto sé.

—Corriente. Busca otra vela y empieza.

Estoques obedeció. Sacó otra vela, que encendió en el cabo de la anterior y después de tomar un buen trago empezó su relato, escuchado con toda la gravedad del caso por el supuesto agente de policía.

Manders se hizo repetir una y otra vez la historia del crimen. Interrogó al narrador sobre todos los detalles posibles, hasta quedar convencido de que decía la verdad y de que aquello que le contaba era todo lo que sabía. Grabó en su memoria todos los incidentes: hora, lugar, palabras pronunciadas y sucesos ocurridos. Fué minucioso y exigente al enterarse del orden en que ejecutó el señor Boucher cada uno de sus actos, después de la caída del desconocido del carruaje al camino. Lo que es por él hubiera seguido en compañía de Estoques hasta el amanecer, averiguando todos los los detalles obtenibles; pero ya fuese debido al inusitado esfuerzo que imponían á su cerebro las preguntas de Manders, ya á sus frecuentes consultas con la botella, lo cierto es que llegó un momento en que el narrador quedó completamente atolondrado y Manders comprendió que de nada podría servirle ya. Entonces se levantó y pagándole el dinero tan fácilmente ganado, le pijo con el mismo tono severo de antes:

—Oye bien lo que te digo. Vas á estarte muy tranquilo y muy callado, sin decir una palabra de todo esto á nadie, sea quién sea, hasta que yo te haga llamar. Todavía puedes ganar más dinero si sabes refrenar la lengua.

Estoques prometió obediencia dió á Manders las buenas noches y no le escaseó las gracias, pues en definitiva la entrevista había sido muy provechosa para él.

No estará de más decir aquí que la posesión de cuarenta libras esterlinas sólo significaba para Estoques la posibilidad de comprar y beberse una gran cantidad de aguardiente. A la mañana siguiente cerró su chzoa y yéndose á Barton se dedicó con ahinco á gozar de su fortuna á su manera. No tardó en descubrir una aguardiente más fuerte que los conocidos, que le supo á gloria; y cuando hubo consumido un número de botellas equivalente á treinta soberanos, empezó á ver tantas y tan horrendas visiones que la vida se le convistió en carga pesadísima, hasta que en su delirio se arrojó desde la ventana de un cuarto piso á la calle y allí acabó su historia. Los vecinos de Renton que le conocían nunca supieron aquel tráguico fin, ni lo echaron de menos ni preguntaron por él.

Manders regresó á pie á su alojamiento, felicitándose por su astucía. Dijo en la posada que lo habían demorado y que no sólo tenía que pasar aquella noche en Renton sino también probablemente algún tiempo más. Ordenó que al amanecer fuese un mozo á Braley á buscar su maleta y después se entregó al descansó, tan satisfecho como un general que, si bien derrotado en un combate reciente, logra concentrar tales refuerzos y combinar movimienios estratégicos tan irresistibles, que le garantizan una victoria completa para la batalla del día siguiente, sin más punto dudoso que la cantidad de botln que ha de constituir el premio del vencedor.

CAPÍTULO VII

Nuevo Ataque—Victoria

Felipe Bourchier estaba acabando su tardío almuerzo. Ultimamente no se presentaba en el comedor hasta mu-

cho después de haber almorzado los restantes miembros de su familia, y atribuía su tardanza á las malas noches que pasaba. Aunque sentado solo á la mesa, su esposa bordaba en el mirador de la misma habitación y le observaba solícita, notando con pena cuán poco bastaba para satisfacer su decaído apetito. De cuando en cuando le dirigía algunas palabras que él contestaba cortés pero distraídamente. Por fin, la buena señora preguntó:

—¿Quién era aquel caballero que á verte ayer?

—Un joven que tuvo á bien molestarme con un asunto enteramente personal.

—¿Se llama Bourchier, no es verdad?

Lo había sabido también por su doncella, y ésta por el criado Bautista, quién había tenido muy bien cuidado de leer la tarjeta que llevó á su amo.

Aquellas preguntas fueron otro disgusto para Bourchier. Evidentemente su esposa esperaba una explicación.

—Ese es el nombre que él se da, contestó. Dice ser uno de los descendientes ilegítimos de mi tío Daniel. Yo creía que se habían acabado todos esos enejosos enredos.

—Espero que no te ponga pleito también. Esos asuntos son especialmente desagradables cuando empiezan á comentarlos los periódicos.

—Me amenazó con ello, pero no creo que lo haga.

—¿No sería mejor pagar mil ó dos mil libras de una vez y terminar la cuestión para siempre? Tú sabes mejor que yo lo que conviene hacer, Felipe; pero no quisiera ver renovado el escándalo de la otra vez.

—Ni yo. De buen grado pagaría cualquier cantidad razonable por evitar el pleito. Quizás anduve algo precipitado ayer y debí proponérselo. Trataré de volver á verle pronto.

Bourchier decía la verdad. Hubiera dado una cantidad respetable á cambio de un arreglo definitivo.

En aquel instante se abrió la puerta y entraron dos lindas jóvenes, al parecer de unos veinte y diez y ocho años

de edad, respectivamente. Vestían amazonas perfectamente ceñidas al talle y llevaban airosos sombreros y lindos guantes. Ambas corrieron hacia Bourchier y le besaron cariñosamente. Al devolverles sus caricias suavizóse la expresión de su rostro, porque duro y altivo como era para los extraños, estaba orgulloso de sus hijos y les amaba entrañablemente.

Sus hijas eran hermosas jóvenes de acabado tipo inglés. Mabel, la mayor, había heredado la figura majestuosa de su padre. Josefina, la más joven, tenía las dulces facciones y la pequeña estatura de la madre. Mabel era inteligente; algo frívola Josefina, cuya bonita cabeza estaba llena de ideas novelescas: galanes hermosísimos, simpáticos, adorables, que en su mayor parte vestían el uniforme de la Guardia real. La educación de ambas hermanas estaba terminada y Mabel había sido presentada en sociedad. Josefina debía serlo también aquel mismo año. Bourchier tenía gran concepto de las dotes y del carácter de su hija mayor, pero quería más á su hermana. Nadie en el mundo, ni aun Alain, su hijo mayor y heredero, se hubiera atrevido á decir y hacer á Felipe Bourchier las cosas que le hacía y decía Josefina con absoluta impunidad.

Mabel besó á su padre con tranquilo afecto; Josefina le echó los brazos al cuello, saludándole de la manera más afectuosa.

—Ven,—exclamó,—vamos á dar un paseo á caballo hasta Lomer, y tienes que venir con nosotras. Nada de negativas, ¿estás?

Le miró agitando su latiguillo, é hizo una mimosa mueca al ver que su padre se preparaba á dar una excusa.

—¿Cartas?—continuó la joven.—Que esperen. ¿Personas á quienes ver? Pues que esperen también. Hace un día hermosísimo y hay que aprovecharlo. El mes que viene estaremos todos encerrados en Londres, y tú tan ocupado que apenas te veremos. ¡Vamos, pronto!

—Tu padre está cansado, niña, y de seguro preferiría que lo dejases en paz.

—Pero si precisamente eso de quedarse siempre metido en casa es lo que lo está enfermando al pobre,—insistió Josefina.—Después de un buen galope en una mañana como ésta se sentirá mucho mejor.

—Quizás te haga bien, Felipe,—le dijo su esposa, inclinada á pensar como Josefina.

—Puede ser,—contestó él,—y de todos modos tengo que obedecer á mi tirano. Llama, Josefina, y que ensillen mi caballo.

La joven aplaudió, volvió á besar á su padre y pidió el caballo en seguida.

Difícil hubiera sido hallar en toda Inglaterra un grupo más interesante que el formado por Felipe Bourchier y sus dos hijas al dirigirse por el tortuoso camino que conducía desde la casa á la verja de entrada. El padre montaba como sólo puede hacerlo un gran señor inglés acostumbrado á ese ejercicio desde su infancia; y á uno y otro lado iban sus dos hijas, luciendo sus talles perfectos y guiando de una manera tan graciosa como conforme con todas las reglas de la equitación.

Bourchier parecía adelgazado y pálido, pero sonreía al oir la charla de sus compañeras. Apacible y gratísimo el aire primaveral, brillante el sol, alegres los campos y como refrescados por las recientes lluvias, todo parecía limpio, todo nuevo, sin un átomo de polvo en las hojas, en las flores ni en la hierba. Era una mañana encantadora, como había dicho Josefina, y Bourchier resolvió olvidar por entonces enojos y placeres y gozar de los hechizos de aquel día y del paseo con sus hijas.

Pero el tal paseo debía ser muy corto. La mujer del portero abrió la verja, y saludando respetuosamente al padre y con cariño á las hijas, volvió á cerrarla tras ellos. Las jóvenes detuvieron un instante sus caballos para dirigir algunas palabras á la anciana, mientras que su padre se

dirigía hacia el camino. Del lado opuesto de éste se adelantó en aquel momento un joven alto, que asió con mano firme las riendas del caballo y lo obligó á detenerse. El jinete reconoció inmediatamente al pretendido Daniel Bourchier, su visitante de la víspera.

El joven había cambiado de traje por completo y vestía con arreglo á las exigencias del campo; pero aquel cambio no bastaba para explicar la diferente expresión que se notaba en su rostro, cierta gravedad que sorprendió y alarmó á Bourchier. Al detenerse el caballo, el joven se colocó junto á él, con la mano ligeramente apoyada en las riendas, como si temiese que el jinete tratase de escapársele.

—Tengo que hablar con usted á solas,—dijo.

—Suelte usted mi caballo,—exclamó Bourchier furioso, pero en voz baja, porque sus hijas estaban cerca y podían oirle.

—No lo soltaré hasta que usted me prometa regresar conmigo á su casa. Tengo muchas cosas que decirle.

En su voz vibraba una amenaza. Aunque nada acostumbrado á que le dictasen lo que debía ó no hacer, el señor de Casa Roja comprendió que tenía que someterse. Imposible arriesgar una lucha en medio del camino y delante de sus hijas; y además, ansiaba á la vez que temía saber lo que aquel hombre quería decirle.

Las más desastrosas revelaciones eran preferibles á la incertidumbre en que estaba sobre lo que el joven ignoraba ó sabía.

En aquel momento llegaron las jóvenes riéndose de las ocurrencias de la buena mujer, y miraron con sorpresa al extraño que hablaba con su padre. Descubrióse aquel maquinalmente y pareció esperar ansioso la respuesta de Bourchier.

—Si tan urgente es el asunto,—oyeron las jóvenes que decía su padre con voz clara é incisiva,—tan urgente que no admite excusa ni espera, supongo que tendré que regresar á casa con usted.

—Es de la mayor importancia,—dijo el desconocido con firmeza.

—Muy bien, pues volveré atrás. Niñas, siento verme obligado á dejaros. Tengo que acompañar á este... caballero.

Josefina volvió la cabeza é hizo una mueca feísima á los árboles del otro lado del camino.

Mabel dijo:

—Está bien, papá, pero lo sentimos mucho. ¿No podríamos esperarte?

—Temo que el asunto que me trae requiera bastante tiempo,—dijo el joven, con una intención que no escapó al señor Bourchier.

—Lo mejor es que vayáis despacio,—dijo éste;—enviaré en seguida un lacayo para que os siga. Y ahora, señor mío, sírvase usted venir.

Hizo dar vuelta á su caballo y Manders le siguió después de saludar otra vez á las jóvenes con el mismo aspecto preocupado. Mabel y Josefina cambiaron una mirada de sorpresa y pusieron sus caballos al paso en dirección á Lomer.

—Cosa extraña,—dijo Mabel.—¿Quién puede ser?

—¿Has reparado qué bien parecido es?—preguntó su hermana.

—No me he fijado mucho en él.—Me irritó el verle molestar á papá precisamente en el momento de salir.

—¡Oh, es un joven guapísimo! Igual á los que vemos descritos en las novelas. Oye: rostro pálido, grandes ojos negros, facciones regulares y expresión melancólica.

—¡Ay, querida, no digas tonterías!

—Y no parece tenerle miedo á papá, ni tanto así. Y eso que papá le habló tan severamente. Ya sabes como él hace: «Si es asunto tan urgente,» etc.

Josefina, al decir esto, remedaba á su padre.

—Quizás nos encontremos con él á la vuelta,—continuó.—Me muero por ver á papá y preguntarle quién es ese distinguido joven.

—¡Cuidado que eres tonta, Josefina!—dijo Mabel riéndose.—Creo que el primer desconocido de aspecto romántico que encuentres, con rostro pálido, nariz recta y ojos negros, podría huir contigo si quisiese.

—Lo cierto es que jamás me escaparé con un sér grotesco, de cara roja y nariz chata, como el muy alto señor Luis Coverton.

Este era un caballero noble, hijo de lord Coverton y locamente enamorado de Mabel. Si ésta le hubiese correspondido, Josefina no se hubiera burlado jamás de él, porque las dos jóvenes eran cariñosísimas hermanas.

Entonces apareció el lacayo, que las siguió á la debida distancia, y las dos jóvenes tomaron alegremente por el camino de Lomer.

El señor Bourchier, acompañado de su importuno visitante, siguió al paso el largo camino desde la entrada de los terrenos hasta la casa y allí entregó su caballo á un palafrenero, á quien ordenó que acompañase á las señoritas cuanto antes. Seguido de Manders dió vuelta á la casa hasta llegar al balcón puerta de su biblioteca y sacando una llave abrió y entraron ambos. Indicando una silla al joven, sentóse él en su sillón y procuró prepararse para la lucha que presentía. Resolvió no mostrar temor, aun cuando lo sitvación empeorase para él; aun cuando aquel Daniel Bourchier, ó como se llamase, le dijese que conocía la identidad de su padre con el supuesto malhechor; aunque le acusase de haber matado á éste, no en defensa propia, sino por conservar la herencia que reclamaba su víctima. Propúsose acoger aquellas acusaciones con serenidad y desprecio, sin mostrar que le conmovían en lo más mínimo. Esperó entonces el ataque de su adversario, sintiéndose á la altura de la situación y capaz de afrontarla con firmeza y calma. Pero no sabía que lao circunstancias más inesperadas, las revelaciones y sucesos más imprevis-

tos, iban á confundirlo y derrotarlo completamente en aquello lucha próxima á comenzar.

Paro explicarse bien la manera como Manders empezó su segundo ataque debe tenerse en cuenta su gran afición al aparato teatral y á las situaciones dramáticas. Su triunfo de la noche procedente sobre Estoques le había dado gran confianza en sus dotes de actor; y en aquel momento lo que más le interesaba de su siniestra intriga era la sensación que esperaba producir revelando súbitamente á su antagonista el abismo que se abría bajo sus pies, y después de anonadarlo gozarse en su derrota. Manders había preparado maduramente su programa, felicitábase por lo ingenioso del medio que había elegido, y sin olvidar que Bourchier era enemigo más temible que Estoques, tenía plena confianza en sus armas y en sus recursos.

No aceptó la oferta de Bourchier, que le invitaba á tomar asiento, pero tampoco deseaba en manera alguna evitar sus miradas. Hallábase de pie, erguido, recibiendo de lleno la luz del balcón; y cuando el señor Bourchier, después de esperar á que Manders hablase, levantó hacia él su mirada con fingida indiferencia, vió un espectáculo inesperado que lo conmovió profundamente.

El aspecto del joven había cambiado por completo. Su levita desabrochada, el cuello y la pechera de la camisa arrugados, los cabellos en desorden. El pálido rostro reflejaba la cólera, temblábanle los labios y sus negros ojos se clavaban amenazadores en el señor Bourchier. Parecía querer hablar, pero evidentemente su agitación era tan intensa que le impedía pronunciar una sola palabra. En cambio había alzado la diestra y señalaba á su interlocutor con tembloroso dedo.

Era, en verdad, un buen actor y logró lo que sólo los grandes actores consiguen: apoderarse de su auditorio y subyugarlo por completo. Bourchier sólo vió en él al hijo de su víctima, llamando con airado ademán las maldiciones del cielo sobre el asesino de su padre. A pesar de to-

dos sus esfuerzos, el culpable sintió que su frente se bañaba en frío sudor y se humilló y tembló ante el vengador; momento de debilidad que nunca se perdonó después. Aquel anonadamiento duró tan sólo un instante, pero bastó para probar al actor que su arte triunfaría en la escena que preparaba.

—¡Asesino! - dijo con sorda voz, acercándose á Bourchier.

Felipe Bourchier salió de su estupor. La voz de Manders le llamó á la realidad.

—¿Está usted loco ó ebrio?—dijo con voz bastante alterada.

—¡Ni ebrio ni loco, y bien lo sabe usted! Anoche ví á mi padre, ví á Juan Boucher. ¿Soñaba? Debí soñar, aunque estaba despierto. Oiga usted mi sueño.

Y clavando en el rostro de Bourchier una mirada despavorida, como si ante sus ojos pasasen hórridas visiones, con todos los recursos de su hermosa voz puestos en juego, fué describiendo el sangriento cuadro y acrecentando el terror de su oyente á medida que le revelaba el supuesto sueño.

«Era una noche de luna, casi luna llena. El camino estaba tan claro como de día. Hallábame al pie de una pendiente colina, cuyas laderas estaban cubiertas de tiernos abetos y maleza, y ví venir hacia mí un coche que se detuvo precisamente donde yo estaba. En él iban dos hombres y la luna me mostró sus facciones; uno de ellos era mi padre. El que guiaba detuvo el caballo y después de hablar breves instantes con mi padre le entregó las riendas. Ví una llama, oí un disparo y mi padre cayó del coche moribundo. Tendido en medio del camino, sus ojos se encontraron con los míos, pero el terror me había paralizado y me fué imposible moverme. El otro saltó del vehículo, tomó uno de los faroles, examinó el rostro de su víctima y vació sus bolsillos, mientras la luna seguía brillando con luz viva cual nunca...»

Continuó así su relato, animándose más y más á medida que avanzaba en él, describiendo con asombrosa precisión todos los incidentes de la noche fatal, fijos siempre los ojos en el rostro de Bourchier, mientras su voz clara y penetrante sonoba en los oídos de éste como un toque fúnebre que le anunciaba la muerte de su honra. Continuó sin omitir detalles, con despiadada minuciosidad, hasta que lanzó á su víctima, como un golpe final, la siguiente frase:

—¡Y el rostro que ví á la claridad de la luna, el rostro del asesino, fué el mismo que contemplo en este momento!

Todo hombre es supersticioso en mayor ó menor grado. Algunos logran anular ese sentimiento casi por completo; pero muchos que se ríen de las creencias sobrenaturales no dejan de preguntarse de cuando en cuando si después de todo habrá algo de verdad en ellas. Aun á los más excépticos se les erizan los cabellos en situaciones que traen á la mente ideas fantásticas, apariciones misteriosas; lo que prueba la verdad de nuestro aserto, que la superstición latente existe en todo sér humano, y que puede revelarse en determinadas circunstancias.

Tal sucedió á Felipe Bourchier: su terror fué en aumento á medida que sus actos todos, aun los más triviales, que tan impresos estaban en su memoria, se reproducían en las palabras y ademanes del hombre que decía haberlos presenciado como una visión y que se hallaba ante él, confundiéndole con su voz acusadora. ¿Cómo sorprendernos de que cayera en el lazo y á pesar de su arraigada incredulidad se dijese que nadie podía describir así aquellas escenas á no habérselas revelado un agente más que humano? ¿Cómo admirarnos de que al llegar el terror á su colmo con la frase final del hijo de su víctima, se inclinase sobre la mesa, oculto el rostro entre las manos, procurando huir de lo que le parecía una visión espantosa?

Profundo silencio reinó en la estancia por algunos momentos, en tanto que Bourchier, con su actitud y anonadamiento, confesaba claramente su culpa. No era hombre de sentimientos religiosos, pero como muchos otros que no creen en las bondades del cielo, sentía oculto temor á sus castigos. Permaneció inmóvil, sin dar señales de vida; mas no tardó en imponérsele el instinto de la propia conservación, esa ley primordial de la vida, y haciendo un esfuerzo logró reavivar su agotado ánimo. Levantando entonces la cabeza procuró sonreir.

—Dispénseme usted,—dijo,—he estado enfermo últimamente y sus palabras me...

Su mirada se fijó en Daniel Bourchier y vió instantáneamente el lazo en que había caído. El joven estaba sentado en actitud graciosa, indiferente, desvanecido hasta el último vestigio de su apasionada y vehemente indignación; pero en cambio aparecía en sus labios una sonrisa burlona y en sus ojos elocuentísima expresión de triunfo.

—¡Ah! ¡Conciencia culpable!—dijo el narrador casi jovialmente.—Creo que ha de ser una cosa terrible para los que la posean. Jamás me figuré que se vendiese y se entregase usted tan pronto y de un manera tan completa.

Felipe Bourchier temblaba de ira y no tenía más que una idea: vengarse. Con agitada mano procuró abrir un cajón de la mesa que tenía delante, pero Manders vigilaba todos sus movimientos.

—Nada de bromas, ¿eh?—dijo llevándose la mano al bolsillo del pecho.—Ya sabe usted que en mi país acostumbramos tirar primero, siempre que podemos.

Razón tenía en desconfiar, porque en aquel momento Bourchier lo hubiera matado como á un perro, sin la menor vacilación.

—Ahora,—dijo Manders,—hablemos como hombres que no creen en apariciones. ¿Quiere usted que hable yo primero?

Bourchier guardó silencio.

—Anoche acerté á encontrar á un sujeto que presenció

el asesinato de mi padre. Bien sabe usted si el relato que acabo de hacer es ó no exacto.

—El muerto era tan padre de usted como mío.

—Oiga usted, señor Bourchier. Yo digo que era mi padre y usted afirma que no lo asesinó. Cuando usted pruebe lo segundo, poco me costará demostrar lo primero.

—¿Quién le ha revelado á usted todo eso? Porque si lo sabe uno pueden saberlo muchos.

—Nada le importe á usted ese individuo. Cuando yo lo necesite sabré encontrarlo. Y nada tema usted de él, que yo le cerraré la boca.

Bourchier tembló, no tanto por temor sino porque comprendió que estaba á merced de su enemigo.

—Aunque usted asesinó á mi padre, no quiero ser vengativo. Pórtese usted como debe con el hijo y arreglaremos las cosas muy aceptablemente para ambos.

—Usted no es hijo de Juan Boucher.

—Digo que lo soy. Poseo todos los documentos que evidencian mis derechos. Estaban todos en la cartera de mi padre, la misma que él llevaba consigo aquella noche.

—¿Cómo la ha recobrado usted?—exclamó Bourchier, quien por lo visto había renunciado á negar su delito.

—Un labrador la mandó por el correo y supongo que la hallaría en el camino. Aquí está la carta que incluyó en la cartera.

Y entregó al señor Bourchier la esquela del labriego Davis. La manera cómo Manders explicaba la obtención de los documentos era tan natural y tan sencilla que Bourchier le hubiera creído hijo del finado Juan, si al propio tiempo Manders no hubiese tratado de especular tan fríamente con la muerte de su padre. Aquel cinismo le parecía imposible en un hijo.

El diálogo anterior, por su mismo carácter práctico y prosaico, le permitió recobrar su calma habitual. Se confesó que aquel bribón lo había derrotado y que hasta cierto punto lo tenía en su poder. Supuso que aprovecharía

las ventajas de su posición para sacar de ella el mejor partido posible, y se resolvió á comprar su silencio, dándose por muy satisfecho si con dinero podía echar tierra al asunto. Hecha esta resolución no quiso perder un instante.

—Pues bien, ¿cuánto pide usted?—preguntó resueltamente y como si se tratase de un asunto cualquiera.

—No lo sé todavía á punto fijo.

—Pues resuélvalo usted desde luego. ¿Cuánto es?

—Para mí no es sólo cuestión de dinero.

—Pues sea lo que sea, piénselo usted ahora y fije también la suma, para verme libre de usted.

—Pues bueno, contestó Manders con su acento americano,—puesto que usted no quiere hablar de otras cosas equivalentes á dinero, dígame el valor de sus bienes.

—Esa es cuenta mía, no suya. Fije usted su precio.

—Por aquí me aseguran,—dijo con sorna el joven,—que tiene usted de diez á doce mil libras esterlinas de renta anual, contando el mineral de hierro.

Bourchier no se dignó replicar.

—Conque pongámoslo en lo más bajo; diez mil libras. Me da usted la mitad y en paz.

—¡Neciol—exclamó Bourchier.—¡Qué mal me conoce usted!

—Pues entonces tomaré lo que me pertenece, es decir, todo.

—Pruébelo usted. Abiertos están los tribunales para todo el mundo.

—Probaré, sí, señor, y de todos modos á usted lo ahorcarán por asesino.

—Si entendiese usted algo de leyes sabría que, aun dando por fundada su acusación, en Inglaterra no puede procesarse á nadie dos veces por el mismo delito. Si lo duda usted le enseñaré el artículo del Código que así lo dispone. A bien que aquí no escasean los textos legales, agregó mirando á los estantes llenos de libros.

El magistrado había recobrado su tono sarcástico.

—Es muy cierto, pero puedo obtener el mismo resultado contándole la historia á todo el mundo; puedo hacerla imprimir y circularla por todas partes; hacer que se hable del asunto en todo el país, sin que usted se atreva á chistar para impedírmelo.

Tenía razón, podía hacer todo lo que decía, no obstante la risa despreciativa con que Bourchier acogió sus palabras.

—Y creo,—continuó Manders,—que cuando el tribunal tenga que decidir entre nosotros dos, no le predispondrá mucho á favor de usted cierta maletita cuyo contenido demostrará palpablemente que mi padre y el hombre asesinado por usted eran una misma persona.

El respeto de Bourchier por su antagonista iba en aumento. Era más hábil de lo que había creído. Ya antes había admirado la prontitud con que había prescindido por completo de su comedia apenas hubo conseguido su objeto, considerando desde entonces los sueños y visiones como una puerilidad.

—No prolongaré esta discusión,—dijo;—fije usted una cantidad razonable y se la daré.

—Ya he dicho á usted que no pensaba sólo en dinero.

—Pues ¿de qué otra cosa se trata?

—Quiero relacionarme bien, ocupar cierta posición social.

—Con las cualidades de usted no lo creo difícil,—dijo cortesmente Bourchier.

—No, supongo que no,—continuó Manders prefiriendo interpretar aquellas palabras literalmente.—Pero verá usted; necesito un punto de partida, una persona cuyo nombre me sirva como de apoyo para entrar en determinados círculos sociales.

—Prosiga usted.

—Soy su primo, Daniel Bourchier, é hijo tan legítimo como usted, y por consiguiente, soy yo el jefe de la familia. Quiero que usted me reconozca como tal pariente y que me permita visitarle aquí y en Londres, cuando me plazca. No tema usted, que no tendrá motivos para avergonzarse de mí.

—Prosiga usted,—repitió Felipe Bourchier.

—Claro está,—continuó el nuevo jefe de la familia,—que he de tener algún dinero. Mil libras al año, ó cosa así. El dinero lo pediré cuando lo necesite; pero lo que principalmente deseo es que usted me considere y me trate como primo suyo. Pronto se acostumbrará usted y verá que después de todo soy un buen muchacho. No dudo que acabaremos por llevarnos muy bien, como dos amigos.

Con el don de todo buen abogado de identificarse con su cliente, lo mismo que un buen actor siente y vive el papel que representa, así Manders hablaba con tanta naturalidad como si fuese en efecto Daniel Bourchier. Su interlocutor se quedó por un momento asombrado.

—¡Como amigos! —dijo.—¿Quiere usted ser amigo del hombre á quien achaca la muerte de su padre?

—Le diré á usted. Yo juzgo ese acto á mi manera. En primer lugar, no tenía amor entrañable al autor de mis días. Y en segundo lugar, me figuro que le persiguió y atormentó á usted hasta exasperarlo. Supongo que yo en lugar de usted hubiera hecho lo mismo, tratándose de un individuo que viniese á quitarme todos mis bienes. Yo sabré perdonar y olvidar todo eso; entendámonos ahora y jamás aludiré á ello, de palabra ni obra. Póngame usted á prueba y verá como llego á ser honra de la familia.

Hablaba con tan alegre cinismo y tan agradable voz que al señor Bourchier le gustó aun más que antes. Admiraba la fría audacia de aquel hombre.

—Y ahora,—le preguntó,—¿querrá usted decirme qué me ofrece en cambio de sus modestas exigencias?

—Haré lo que usted quiera, excepto renunciar á mis derechos bajo mi firma. Eso no; pero mientras se porte debidamente conmigo, no los reclamaré, ni de usted ni de

su hijo después de usted, siempre que á su muerte me deje usted una cantidad aceptable.

—Me guardaré muy bien de hacer semejante cosa. Lo único que haré, si usted me deja abrir este cajón, será firmarle ahora mismo un vale de dos mil libras, con la esperanza de no volver á verle nunca.

Manders se levantó furioso. Ya no fingía. Todo lo que en aquel momento iba á decir se proponía realizarlo al pie de la letra.

—No acepto otras condiciones que las expuestas. De usted no tomaré ni un céntimo. Le echaré de la Casa Roja y proclamaré que es un asesino. Usted cree que eso me perjudicará; no importa, con tal que le arruine á usted. Algo es algo, suponiendo que no consiga que le ahorquen. De aquí me voy á Londres y dentro de una semana ya tendrá usted noticias por demás interesantes. Hasta la vista. Se le presentó á usted una oportunidad inesperada y la ha dejado escapar. Juro que lo haré como lo digo. Yo no tengo gran cosa que perder; usted sí.

Y se dirigió hacia la puerta. Bourchier comprendió que hablaba de veras y que si lo dejaba partir sobrevendrían las más desastrosas consecuencias para él.

—Un momento,—dijo.—No se precipite usted. Necesito pensarlo.

—Le doy á usted de plazo hasta mañana y vendré á buscar la respuesta. Ella me hará su aliado ó su enemigo mortal.

—Yo iré á verle á usted,—dijo Bourchier para evitar que excitase más aún la curiosidad con sus visitas. Supongo que se hospeda usted en la posada.

—No,—dijo Manders con sequedad.—Yo seré quien venga á verle á usted mañana por la tarde. Si me veo entonces no sólo admitido en su casa sino invitado á su mesa y presentado á su familia bajo mi verdadero nombre, como primo de usted, comprenderé que acepta usted, sin necesidad de que me diga una sola palabra. Si se me niega la

entrada sabré también lo que eso significa y las cosas seguirán su curso. De usted depende dar al asunto una solución pacífica.

Abrió la puerta y salió sin añadir palabra. Decíase que aquella vez era suya la victoria. Siguió con rápido paso el largo camino que llevaba á la verja de entrada y saludó jovialmente á la anciana portera. En el camino, á corta distancia, se cruzó con las dos jóvenes que volvían de su paseo. Las saludó otra vez, pero sólo la más joven le devolvió el saludo. Volvióse y admiró los esbeltos talles de sus nuevas primas y la perfección con que montaban. Josefina, con su curiosidad de niña, dirigió también una rápida mirada hacia atrás.

—Espero y deseo de veras,—se dijo Manders, por demás susceptible á encantos como los de aquella joven,—que todo se arregle mañana de una manera amistosa.

CAPÍTULO VIII

Los dos amigos

Para un hombre como Felipe Bourchier, acostumbrado toda la vida á hacer su voluntad, era soberanamente desagradable saber y sentir que una mano extraña tenía el látigo levantado sobre él, obligándole á seguir la línea de conducta más opuesta á sus deseos. Tener un amo era cosa enteramente nueva para él y buscó en todas direcciones la manera de sacudir el irritante yugo. No dió la menor explicación á su familia sobre el objeto de la visita de aquel joven, hasta no tener bien resulto y acordado el plan de conducta que más le convenía adoptar. La natural curiosidad de sus hijas la eludió atribuyendo la entrevista á «importantes asuntos particulares». Impuso silencio á su esposa rogándole que no le hablase de ello hasta el día siguiente, en que estaría mejor informado. Toda la tarde y